



**Entrevista molto andante
y en tres tiempos con un
genio y poeta de la batuta
al que llaman
JOSE M.^a FERRERO**

ANTONIO J. LACUEVA

PRIMER TIEMPO (*Molto vivache*).—Onteniente, 1935, en la entonces Plaza de la República, hoy del Generalísimo, se hallaba la "Unión Musical", y en ella, un profesor llamado don Benito, que por aquel entonces daba clases a los chavales con aficiones musicales. Como alumno tenía, entre otros, a un chaval, un mocoso de apenas nueve años, que deletreaba: "Sol, mi, re, do...", y al que don Benito, con ese aire profético que siempre han mostrado los maestros de los genios, anunció solemne: "Con esa entonación tú no harás nada en música, ¡en la vida!". Vino la guerra, vino la paz, y desde Benicadell hasta Villena, desde Aitana hasta Serra Grossa, las marchas de Ferrero se extienden en verano como una plaga benéfica, como una contaminación grata y relajante. ¡Si el bueno de don Benito levantara la cabeza!

—*Fue mi primer maestro. Lo recuerdo con muchísimo afecto. Luego, los distintos directores de la Banda me fueron enseñando un poco cada uno, pero en realidad mis maestros fueron Asensi y el Padre Pérez. A los doce años me dieron el primer instrumento: la tromba. Recuerdo que la primera salida fue a Valencia, con motivo de la visita del ministro Ramón Serrano Suñer. Más tarde cambié la tromba por la trompa, y con este instrumento seguí hasta que pasé a director.*

Don José María Ferrero Pastor, hoy director, compositor y maestro, nos ha recibido en su casa. Junto a él, su joven esposa, Pilar, y el paso trepidante y repentino de unos hijos que llegan y se van, a modo de corneas fugaces en esa —¿inacabada?— sinfonía que el maestro ha compuesto y que se titula hogar.

—El mejor director para mí fue don Vicente Gi. Sí, sí. Ya sé que puede parecer adulación, pero no se trata de eso. Nunca me ha gustado hacer la "pelota" a nadie. Te aseguro que soy sincero. Siento una profunda admiración por este hombre, que fue un gran músico y un gran director en una época muy difícil. Como maestro, insisto en que el Padre Pérez fue y es único. Me enseñó, me orientó, me sigue enseñando y me sigue aconsejando.

Escuchamos "Carmina Burana", de Carl Orff. Los coros de matiz gregoriano, inspirados en un poema medieval, resuenan majestuosos como espléndido telón de fondo.

—Como autor español destacaría a Falla. Internacional y mundialmente hay un genio que destaca como un dios de la mitología musical. Me refiero a Beethoven; con él me gustan Rimski-Korsakoff y Wagner. De los directores, Argenta, Celibidache y Mario Rossi. De los intérpretes solistas destacaría el tabuloso piano de un Iturbi y la prodigiosa guitarra de un Andrés Segovia. Y si quieres un solo nombre de obra, destacaría, pues, "Nuevo Mundo", de Dvorak.

Hemos subido con José María hasta la buhardilla —¡eterno monasterio de artistas!—, donde el compositor tiene su estudio, un pequeño recinto con recuerdos musicales, una sencilla mesa, un tresillo y papel pautado, mucho papel pautado. Aquí se desarrolla gran parte de la entrevista.

SEGUNDO TIEMPO (*Allegretto*).—Petrel, 1970. Comida de hermandad en el Casino local. Asiste el maestro Ferrero con el Presidente de Fiestas de Onteniente por aquel entonces —buen amigo mío, por cierto—. Hacia el final de la comida y un momento antes de los protocolarios discursos, se acerca un festero y pregunta si efectivamente es el maestro Ferrero. Este contesta que sí. Pero el festero insiste si se trata del Ferrero que ha compuesto "Chimo". Ante la nueva confirmación, el festero de Petrel, en un gesto de irreprimible entusiasmo, abraza a José María, mientras exclama:

—¡Viva la mare que t'ha parit!

Sí, el maestro Ferrero, José María, el "prof", el "sifonero", ha sido y sigue siendo el autor de "Chimo", el autor de esa marcha que interpretaron al unísono veinte bandas de música en Villajoyosa, el autor de esa marcha que es pieza obligada e indispensable en todas las fiestas de todos los pueblos con Moros y Cristianos, el autor de esa marcha, en fin, que según donde se oiga, cómo y por quién, llega a producir escalofríos, emociona, embriaga o hace saltar las lágrimas. Y, sin embargo, "Chimo" no es más que un apunte al carbón, el producto de un momento de inspiración acelerada, el fruto impensado de una idea festera alumbrada y gestada en la mente de un genio que no le da importancia.

—No pensé que esta marcha llegara a tener la repercusión que ha tenido. Es más, tengo otras obras que considero de superior calidad, más técnicas musicalmente. En realidad, las marchas y pasodobles son fáciles para mí, son mero entretenimiento. De lo que realmente me siento satisfecho y orgulloso es de escribir un poema como el que estrené en febrero. (Le hemos preguntado qué es para él la música.) Lo es todo. Junto con la familia, la profesión, los amigos, las fiestas... La música es como un enorme tapiz que sirve de fondo a una vida. Sobre él se desarrollan las actividades de mi vida, sirve de tondo y al mismo tiempo llena todos los huecos, todos los vacíos.

Ferrero nos habla de sus músicos, de sus compañeros. Se entusiasma, se le enciende la mirada, pone en los ojos el mismo fulgor que cuando dirige encaramado en su "podium". Cuando era simple músico tenía excelentes compañeros.

—Recuerdo a muchos, pero me sabe mal destacar a alguien. Podría decirte que el señor Lizandra era un gran mecánico de la trompeta. El señor Silvaje fue un excelente clarinete. Mi compañero Bolinches tenía una gracia especial para la entonación y manejaba la flauta de maravilla. Podría hab'arte de Amadeo Ferri y su abundante anecdotario, de Salvador Sanchis... Todos fueron excelentes compañeros.

Hoy José María es director y sigue siendo compañero. Uno más. Con batuta, con genio, con desbordante pasión y con arrolladora vocación, pero uro más. Por eso los otros músicos le admiran, le respetan, le quieren.

—De los actuales no sabría destacarte a uno más que otro. Esa es quizá la principal característica. Formamos un equipo completo. No hay figuras, o mejor, todo son figuras. Ha habido épocas en que los músicos se disgustaban entre ellos porque unos cobraban más que otros. Hoy, en cambio —¡cuando se cobra!—, cobran todos igual.

Aparte de otros méritos, el de José María Ferrero estriba en haber sido el causante del resurgir musical de Onteniente. Sin él, la Banda no hubiera alcanzado la altura que ha llegado a tener hoy en día.

—No nos engañemos en eso. Puede que sin mí la Banda no fuera lo que es, cierto es reconocerlo. Pero no es menos verdad que sin esa Banda, sin esos músicos fenomenales, yo tampoco habría llegado donde he llegado. Es, pues, una ayuda recíproca, una deuda mutua.

Muchas veces el aficionado se pregunta si hoy tiene una buena Banda o simplemente un buen director. Esa recíproca es la mejor aclaración. Hay un excelente director y una Banda que tiene calidad enorme en su conjunto.

—Mira, si mis músicos ensavaran un poco más, si no trabajaran en sus diversas actividades tantas horas —¡ese dichoso pluriempleo!—, yo te aseguro que con sólo dos horas diarias de ensayo se convertirían en la mejor Banda profesional. Haciendo excepción de las Bandas que requieren una técnica especial, que se adquiere después de muchos años, yo, la mía, ¡me la jugaba con cualquiera otra!

Aparte de la relación de los músicos entre sí, la Banda, con su director al frente, se mueve en el

contexto histórico de una determinada situación y momento: la ciudad en general, los festeros, las autoridades...

—Respecto al pueblo, creo que no ha llegado a tomar conciencia de lo que tiene. Puede que se considere una petulancia por mi parte, pero estoy convencido de que Onteniente no sabe bien la importancia de su Banda de Música. Respecto a los festeros, existe hoy en día una corriente de simpatía y admiración desde hace unos años. Y con relación a las autoridades, en la actualidad existe un clima de cordial entendimiento y colaboración muy estrecha. No siempre ha sido así.

Al hablar de las relaciones hay un tema que surge inevitable. Es el capítulo de las ayudas. Música y dinero son dos conceptos contrapuestos, pero la música necesita de aquél para sobrevivir.

—Hay un buen número de socios que pagan una cuota que el tiempo ha convertido en irrisoria. Sin embargo, la suscripción para el pago del nuevo material ha puesto de manifiesto una generosidad y un cariño a nuestra Banda realmente digno de admirar y agradecer. La única ayuda que recibimos siempre se ha limitado al ámbito local; de fuera, poco o casi nada. Ahora, por ejemplo, el deporte está de moda, está recibiendo ayudas, subvenciones, publicidad... La música, en cambio, recibe escasa atención. La Diputación de Alicante se cuida bastante más; la de Valencia no lo hace, tal vez porque lo tiene resuelto por iniciativa de los propios pueblos y sin ella preocuparse. Esto no debiera ser así.

Abandonamos el estudio-buhardilla. Quedan atrás los coros impresionantes de "Carmina Burana". Se ha hecho de noche. Es tarde, pero todavía hay tiempo para ir a "la comparsa". Este nombre lo recibe: una tertulia de amigos, un "barralet", un óleo del "tío Cupido", un tablón con las "cuotas", la imagen de los Patronos presidiendo..., y el "agüelo sifonero", que abandona el local porque es tarde y se va rezongando: "N'hiha que cuidarse". ¡Gran invento éste de la tertulia de comparsas!

TERCER TIEMPO (*Adagio moderato*).—Teatro Echegaray, de Onteniente, en febrero de 1973. El salón abarrotado y el público puesto en pie, en una de las mayores ovaciones que se recuerdan. Los últimos aplausos han puesto final de clamor al acto cuando el maestro Ferrero, con su batuta, ha extendido al viento la rúbrica que subraya la firma del genio que escucha alejarse los sonos gloriosos de tres himnos entremezclados con campanas y aplausos incontenibles.

—El poema tiene para mí momentos muy buenos, otros más sencillos, pero en general creo que la obra tiene cierta dignidad. No la he hecho de cara a la galería, aunque en algunos momentos me haya dejado llevar por una cierta intuición de espectacularidad. He buscado, ante todo, la calidad, dar lo mejor de mí. Si te dijera que no estoy satisfecho, mentiría.

Pero José María Ferrero aspira a más, a mucho más. Y por ello trabaja y se esfuerza y lucha día a día.

—Las marchas y los pasodobles son obra de unos días, de un momento. El poema me ha costado años. Las marchas me han dado popularidad, incluso cierta fama; pero, en cambio, el poema me ha dado una enorme satisfacción.

Pero la historia ¿conocerá sólo al autor de "Chimo", o también al músico notable? Los poemas como "Els morocrístians d'Ontinyent", ¿se repetirán hasta una superación de auténtico genio, o sencillamente, Ferrero será siempre el autor de música festera y popular, capaz de recoger con fidelidad y arte todo el espíritu festero, todo el extraño mundo de vivencias sugestivas, exóticas y extrañas, que son esa manifestación folklórica de Moros y Cristianos? No podemos hoy formular estas preguntas. Sólo dentro de algunos años se podría responder concretamente. Hoy sólo podemos hablar de deseos, de proyectos, de ambiciones.

—Me gustaría abandonar un poco todo esto de los pasodobles y las marchas, y dedicar un poco de tiempo a la música como esta del poema.

Sin embargo, no se puede renunciar a un éxito tan rotundo como el de ser autor de "Chimo", "El Berberich", "Reige", "Mozárabes 60", "Reina de Fiestas" y tantas otras.

—No me arrepiento en absoluto. Al contrario, me gustan y me siento satisfecho, pero no dejo de reconocer que eso han sido pinceladas de mi obra, piruetas esporádicas de un autor que conoce a fondo la fiesta y ha acertado a llevar el ambiente, el sentimiento del festero al pentagrama. Pero aspiro a algo más, necesito más. No sé hasta dónde puedo llegar, pero necesito comprobar hasta dónde. Mi meta es muy alta y tengo que intentar alcanzarla.

Se ha terminado "el barralet". Abandonamos la comparsa. Es muy entrada la noche y el cielo está lleno de estrellas esparcidas por encima de la sempiterna plaza del S'andomingo. Por la puertecilla de artistas del teatro parecen oírse sonos perdidos de un poema que interpretaran los duendecillos portentosos que creara la mente de un genio: "¡Al Santísimo Cristo de la Agonía, vivas se oigan... Sobre el Clariano, Señora, cual vos sobre la serpiente... Por tu gloria, pueblo querido...".

Y en lo alto de la Vila, una campana pone el contrapunto.

Dejamos al músico, al amigo, al director, a ese genio de la música festera, a esa joven promesa de la música clásica, a ese poeta de la batuta llamado José María Ferrero y al que todavía muchos llaman cariñosamente "el sifonero".